

noux mas bien serán los otomites, pues nuestro compatriota Nájera ha probado hasta la evidencia, que la lengua de ellos y la China, son de un mismo género y que parecen derivarse de unas mismas raíces.

Los toltecas, originarios del imperio chichimeca, primeros emigrantes de que se ha conservado memoria, rebelados y vencidos, salieron de su patria á mediados del sexto siglo, acaudillados por siete gefes de su nacion, y por el filósofo Hueman. Caminaron con incierto destino rumbo al austro, y en su peregrinacion de ciento cuatro años, enseñaron á los nómades, que á su paso encontraban, la agricultura y los rudimentos de las artes; y reduciéndolos á la vida civil, levantaron ciudades y poblaron extensos países. Testigos son todavía en las riberas del seno Mexicano, Huejutla, en las del oceano pacífico, Jalisco y Zacatlan; y en el Anáhuac, Tulancingo y Tula. Escogida esta última ciudad para capital de un nuevo imperio, lo hicieron tan vasto que alcanzaba de mar á mar, tan culto y bien regido cual otro no se vió en lo antiguo en este Nuevo Mundo. Sus leyes eran justas, sus artes florecientes, sus costumbres suaves; rico, feliz y tranquilo, duró cuatro siglos sin guerras extrangeras ni civiles. Paz mas perfecta y benéfica, jamás se vió en el mundo, sino en este dichoso imperio. Augusto llenó la tierra con su fama por su paz de

40 años, alcanzada á fuerza de sangre; y se olvida la Tolteca que duró diez tantos sin que costara obtenerla ni guerras ni desastres. Extrañas vicisitudes acabaron con el Imperio Tolteca: sus diseminadas reliquias llevaron la ilustracion y las artes á las vecinas naciones.

Una nueva irrupcion de chichimecas vino á repoblar el país de Anáhuac en el duodécimo siglo. El príncipe Xolotl al frente de un numerosísimo ejército de guerreros, que algunos hacen subir á un millon, sojuzgó todo el país y erigió el Imperio chichimeca, que engrandecido despues con la llegada de las naciones Acolhuas, se llamó de Acolhuacan. Once soberanos rigieron este grande imperio, que tuvo la envidiable gloria de contar el 7º entre ellos al insigne Nezahualcoyotl, sabio legislador, filósofo profundo, consumado político, intrépido guerrero y eminentísimo poeta.

En los últimos años del reinado de Tlolzin, tercer rey de Acolhuacan, llegaron las siete naciones Nahutlacas, entre las cuales se cuenta la Mexicana. Tantas emigraciones destruyeron el primer imperio chichimeca y elevaron el segundo, de tal modo, que bien podemos decir que en América, en esta época, se vació el Norte sobre el Sur.

Los mexicanos de muy pequeños principios se multiplicaron y engrandecieron hasta elevarse sobre el mismo Imperio de Acolhuacan. La prudencia de Acamapitzin, las sá-

bias leyes de Huitzilihuitl, la política de Itz-coatl, el valor del primer Mactezuma y las conquistas de Axayacatl y Ahuizotl hicieron de ellos la nación mas influente y dominante de la América Septentrional.

No pueden negarse los progresos intelectuales de los hombres antiguos del Nuevo Mundo; si algunos europeos los han tratado de bárbaros, es porque la civilización Azteca, que ellos encontraron, era muy distinta de la del Viejo Mundo, pugnaba con las creencias y opiniones de ellos y tenía muy diversas formas de la suya. Pocos les han hecho justicia, considerando filosóficamente las cosas, pero entre estos pocos hay uno cuya opinión vale mas que la de todos los que injustamente los juzgan. Hablo del viajero mas ilustre de los tiempos modernos, del amigo benévolo, no solo de los Americanos, sino de toda la humanidad, del eminente Barón de Humboldt, que dice, hablando á este propósito: “Los Toltecas se dejan ver en la Nueva España en el siglo 7º, los Aztecas en el 12º, y ya entonces levantan el mapa del país que habían recorrido, construyen ciudades, caminos, diques, canales, inmensas pirámides exactamente orientadas, y cuya base tiene hasta 438 metros de largo. Su sistema de feudalidad, su gerarquía civil y militar se encuentran ya tan complicadas, que es preciso suponer una larga serie de acontecimientos políticos, para que

hubiese podido establecer el enlace particular de las autoridades, de la nobleza y del clero. ¿Cómo puede dudarse de que una parte de la nación Mexicana habia llegado á un cierto grado de cultura, si se reflexiona en el cuidado con que están compuestos los libros geroglíficos, y se trae á la memoria que un ciudadano de Tlaxcala en medio del ruido de las armas, se aprovechó de la facilidad que le daba nuestro alfabeto romano, para escribir en su lengua cinco volúmenes de historia de su patria, llorando amargamente su esclavitud?” Y en otra parte dice el mismo autor: “Encuentro singular analogía entre el templo de Júpiter Belo, las pirámides de Sakharán y los Teocalis mexicanos.”

No añadiré á tan ilustres testimonios mas que una palabra de nuestro insigne compatriota el Dr. D. Servando Teresa de Mier, que decia, para probar á qué altura habia llegado la civilización Azteca: “Yo no necesito sino los cortos monumentos que han escapado á la voracidad de los conquistadores: el calendario mexicano explicado por Gama, que no varia sino diez minutos en dos mil años, sus faciles y exactas meridianas descubiertas por él en Chapultepec, la fortaleza de Xochicalco edificada segun Alzate, segun todas las reglas de la arquitectura militar, y en que están corregidos diez grados de declinacion: el templo de Inca que es el mismo de Minerva en Preneste

corregidos los defectos. Estos dos monumentos los publicó también en Roma con explicaciones un arquitecto Americano ex-Jesuita.”

Si á esto añadimos la perfección á que habían llegado sus artes, ¿podrá negarse que en ellos había hecho grandes progresos la inteligencia? ¿Se había visto en Europa, por ventura, cosa más primorosa que los exquisitos mosaicos de pluma de los Mexicanos? ¿Se habían siquiera podido imaginar los europeos un jardín tan artísticamente cultivado y distribuido como el de Ixtapalapan? La única objeción bien seria que puede hacerse contra la civilización Azteca, es la de los horrendos sacrificios que ofrecían á sus divinidades. Culto sanguinario y cruelísimo que repugna á la naturaleza; pero esta aberración del entendimiento, introducida en los últimos tiempos entre los Aztecas y reprobada y prohibida por Nezahualcoyotl, ¿fué acaso exclusiva de ellos? ¿No la sufrieron también los pueblos más cultos de la Europa? ¿Será más abominable ofrecer á los Dioses los desvalidos prisioneros de guerra, que echarlos al circo á ser devorados vivos por hambrientas fieras, para diversión de un pueblo tan ilustrado como el romano? El Azteca, penetrado de religioso temor, presenciaba temblando el horrendo sacrificio, creyendo que era una oblación aceptada á la Divinidad: el romano, rebozando de gozo, y tan solo por pura diversión, veía con

ojos ávidos cómo las fieras devoraban á los hombres inermes, y cómo los gladiadores se despedazaban, combatiendo con agudas y afiladas cuchillas. Ahuizotl, para celebrar su coronación, sale á combatir con los enemigos de su patria, y trae un buen número de prisioneros, que sacrifica á sus Dioses. Cicerón en el año de su edilidad compra 500 leones africanos, y compra esclavos, y compra gladiadores, y recoge prisioneros, para celebrar aquellas fiestas sanguinarias, que eran las delicias del pueblo romano. ¿Quién será más punible Ahuizotl, á quien califican de bárbaro, ó Cicerón tenido por filósofo, por humanitario y por justo? Pero dejemos asunto tan repugnante, comparación tan odiosa, resolviendo el problema con las palabras del mismo Cicerón: “Caballeros, esta culpa no es mía, sino de los tiempos.”

Ahora bien, oh jóvenes que me escucháis, ved como nuestros antepasados en medio de las mayores miserias, habitantes de miserables grutas, sin más escritura que imperfectos geroglíficos y sin más instrumentos que los que recibieron de la naturaleza, pudieron perfeccionar su inteligencia hasta producir en su admirable calendario una obra de las más esquisitas y acabadas: vedlos también, sin el uso del hierro trabajar los metales, tallar las más duras piedras, labrar cuidadosamente la tierra y cavar profundas minas, todo á fuerza

de industria, de paciencia y de trabajo: ved-los, por fin, tanto en sus dilatadas peregrinaciones, como en sus largas estancias sobre los países que habitaron, recoger siempre los frutos de su experiencia, aprovecharlos para mejorar sus instituciones, sus ciencias y sus artes; y consignarlos en piedras, en pieles de ciervos, en mantas ó en cartones. Ellos, separados del resto del Mundo, sin mas guías que su pensamiento y su propia experiencia, pudieron progresar tanto en la carrera del saber; ¿y será posible que vosotros seais para ménos. teniendo de sobra los medios de instruccion? Nuestros mayores tuvieron que buscar por sí mismos los elementos para hacer el pan, tuvieron que amasarlo, que cocerlo y que partirlo, para aprovecharse de él; y á vosotros se os dá el pan ya partido: si algunos hay que no quieran aprovecharlo, es porque repugna á su gusto estragado por la pereza, el abandono, la holgazanería, el pasatiempo, la molicie y las diversiones. Dejad á estos infelices, que indudablemente recibirán el precio de sus obras, y vosotros, los que os dedicais al estudio, tened una viva fé en el progreso indefectible de la humana inteligencia. Sabed que una sola idea que se adquiere es una nueva riqueza para el alma, que cada verdad que se conoce es una luz que sirve para encontrar otras nuevas, que estas verdades conocidas no tienen otro objeto que mejorar la condicion del hombre

en comun y en particular; y que vosotros estudiantes, es decir, vosotros que haceis profesion de buscar la verdad, estais mas obligados que nadie á buscarla para bien de la humanidad. Cuando logreis alcanzar á saber algo que pueda ser útil, apresuraos á transmitirlo á los demas. Que el deseo de comunicar vuestras luces os haga decir con el justo Idumeo: “¿Quién me diera que mis palabras fueran escritas? ¿Quién me diera que se escribiesen en un libro con punzon de hierro, ó en plancha de plomo, ó que con cincel se grabasen en pedernal?”

Y vosotros, los que en esta vez habeis obtenido los envidiables honores de un premio literario, ¿sabeis para qué la mano próvida del Eterno, al repartir sus gratuitos dones, os dió á vosotros mas inteligencia, mas capacidad y mas aptitud para el estudio? ¿Queréis saberlo? Echad una ojeada sobre la ancha faz del mundo, ved cuantos mares, cuantos lagos, cuantos rios, cuantos arroyuelos y cuantas fuentes ostenta; ved tambien cuantas tierras altas y secas, cuantos desiertos arenosos y sedientos y cuantas áridas montañas claman á su modo por el agua que necesitan y que en sí no tienen, y contemplad lo que sucede: las aguas despiden vapores trasparentes, que, condensados en nubes, descargan copiosas lluvias, que fertilizan la superficie de la tierra. Ved, ademas, como la Providencia amontona

los frutos en unos lugares, dejando otros estériles é infructíferos, para que la exuberancia de los unos pueda socorrer las necesidades de los otros. ¡Oh jóvenes! considerad bien estas cosas y aprended sabiduría. El mismo que dictó la ley de la perfectibilidad de la inteligencia, dictó tambien la ley de compensacion. Vuestra inteligencia no os pertenece, es don del Cielo, usadla segun las intenciones del Creador. Si el egoismo os encarcela dentro de vosotros mismos, que la sociedad os arroje de sí como miembros inútiles y de pernicioso ejemplo; mas si sois liberales, empleando vuestros talentos en bien de vuestros semejantes, que os ame, que os bendiga y que venere vuestra memoria.—DIE.

DISCURSO

Leido por el Dr. José Eleuterio Gonzalez en la distribucion de premios que se hizo en el Colegio civil de Monterey, el dia 30 de Agosto de 1874.

Invantaos, almas nobles de los americanos, del profundo abatimiento en que habeis estado sepultadas, y desplegad todos los resortes de vuestra energía y de vuestro invicto valor, haciendo ver á todas las naciones las admirables cualidades que os adornan y la cultura de que sois susceptibles.

Palabras tomadas de la primera proclama del Teniente general Jimenez, fecha en Matanzas, en Diciembre de 1810.

Con muchos, muy grandes é inestimables dones adornó al hombre el Hacedor Supremo: le dió existencia, sacándolo perfecto y acabado del barro de la tierra, le dió sentidos los mas adaptables á su naturaleza, le dió los abundantes tesoros del mundo para subvenir á sus necesidades, le dió inteligencia perfectible para que se conociera á sí mismo, escudri-